

que crió el *Gran Arquitecto*.
—Cuidao que es *ustez* guasón.
—¡Y *ustez* bonita!
—¡Embustero!
—Le *arvuelto*, niña, que yo, siempre lo que digo es cierto.
—¡Adios Soriano!
—Graciosa!
—¿No sabe *ustez* más que eso?
—¡Si me deja *ustez* parao, so... ¡gloria! ¡cacho de cielo!
—Pues cómprese un automóvil y salga *ustez* del aprieto.
—¡Ay su madre!
—¡Cuidadito!
—¿Quiere *ustez* dar un paseo?
—Yo con *ustez*, ni pensarlo!
—Agárrese *ustez*, á mi diestro y véngase *ustez* conmigo á *cualquier* merendero. Nos tomamos unas *limpias*, con cuatro ú cinco cangrejos, y nos bailamos un *chotis*, marcando los movimientos, y va *ustez* á observar, mi reina, como trangan quina, al vernos, las que presumen de guapas y los que se *tien* por bellos.
—Pero oiga *ustez* aquí ¡so... ninche!
—Eso que dice *ustez* es cierto?
—Es que está *ustez* algo bebio, ó es que me toma *ustez* el pelo?
—Lo que digo es la verdad, y yo siempre lo mantengo. Porque siendo yo orador, en los centros del progreso, que van contra lo *nacio* contra la iglesia y el Clero...
—¿Pero es que es *usté* orador?
—¡Anda Dios! de lo más *gueno*; y si *quíe* *ustez* que lo pruebe, en seguida *pué* *usté* verlo. Lo mismo se me dá á mí, discutir en el Congreso, que beberme cuatro *quince* sin pagar al tabernero; y en tres minutos le habló, mejor que el señor Montero, del sufragio universal y del libre pensamiento; de las ideas *reaccionarias*; de las *doctrinas* que tengo, á *seáse* del anarquismo. (Esto va contra el Gobierno y *quíe* decir *facultaz* de gobernarse á si *mesmo*.) y del reparto social, del arte de hacer tinteros y de la peseta enferma.
—¿Que tal, mi reina?
—¡Soberbio!
—¡Pues vamos andando, niña.
—¡No hay que dejarlo *pa* luego!
—Agárrese *ustez* á mi brazo y eche *uste* á andar ese cuerpo.
—¡Bendita sea su madre, su padre y hasta su *agüelo*!
—¡Tres generaciones más y...!
—¡Vamos al merendero!

ALFONSO MADRID.

Cuentos del jueves

El azul del cielo iba apagándose y los rumores de la tarde se esfumaban, empezando á caer el silencio con majestad melancólica. Ya estaba oculto el sol, y por los senderos habían cruzado los últimos labriegos, que volvían del trabajo. Desde las afueras, la aldea parecía dominada en aquel ambiente color de ceniza.

Flora estaba recostada, de espaldas, en la pared del huerto que limitaba el caserío. Tenía las manos cruzadas detrás de la cintura y levantada un poco la cabeza. Sobre los

hombros, caía el cabello de oro suave con amplitud de manto. Su frente, muy espaciosa, blanqueaba á la luz indecisa del crepúsculo, como si fuese una pluma de paloma. En aquella frente tenía un sello la diáfana serenidad de su alma.

Los ojos de Flora, que eran de un azul muy dulce y un poco dolientes, estaban inmóviles y brillaban como dos estrellas ideales, fijos y á lo lejos, en lo alto de una montaña, desde cuya falda emprendía el regreso, todas las tardes, detrás de su rebaño de ovejas, un pastor joven.

Brillaban cristalinamente los vidrios erizados, que coronaban el muro del huerto, y asomaban las copas desmayadas, húmedas y verdes, de algunos árboles. Dentro del huerto, goteaba con monotonía el surtidor de una fuente.

Había pasado ya la hora acostumbrada en que el pastor volvía, y Flora esperaba aún, como si el pastor hubiese de llegar, lo mismo que las demás tardes, con su idílico amor tentado en su alma, en sus ojos y en sus labios. Sabía la niña que el pastor no regresaría aquella tarde por aquel camino, y sin embargo, esperaba: esperaba que se hiciese de noche para entrar en la aldea á la misma hora de todas las tardes, pero ésta sin la compañía acostumbrada y el acostumbrado alborozo. Había querido tener en medio de su tristeza por el enfado del pastor, el consuelo de esperarle, como si hubiese de llegar, sabiendo que no llegaría...

Los ojos azules de la gentil, donde la mirada parecía una súplica y una lágrima, dejaron de contemplar la montaña, para fijarse en el camino. Y vieron un punto blanco que se acercaba hacia aquel sitio: poco después, el punto blanco, agrandándose parecía una bola de nieve que rodaba ligera sobre el llano. Era un corderillo.

Cuando iba á llegar junto á ella. la niña corrió á su encuentro, gozosa de improviso. Era *Solito*, uno de los corderillos del rebaño de Juan.

—¿Eres tú, *Solito*?... ¿Quién te manda? La niña había cogido el corderillo y lo acariciaba, puesta una rodilla en el suelo. El cordero, que era gran amigo de la niña, daba cabezadas significativas entre las manos suaves que le oprimían, y rascaba, acariciador, su cabeza contra el rostro de la humilde. Era un grupo plácido lleno de encanto campestre. Hermanados por el cariño, parecían dos corderillos iguales á dos niñas gemelas.

—¡Pobre *Solito*! Te manda tu amo para desagraviarme... Ha hecho bien en elegirte para mensajero; tu me quieres mucho...

Solito contestó con un batido dulce, melancólico. En la paz del crepúsculo sonó como el gemido de un alma.

La niña se levantó, y emprendieron el camino, en paseo por el campo, para entrar en el pueblo por donde habría entrado aquella tarde el amo de *Solito*. La niña caminaba despacio, en un ensueño de recuerdos. El corderillo iba delante, marcando el camino. Sobre el campo dormido flotaba el resplandor blanquecino del cielo, cuajado de estrellas.

JOSÉ ORTIZ DE PINEDO

DESTELLOS

A Pepito Ferrándiz

SONETO

Los destellos del sol resplandeciente brillan y alumbran como inmensa hoguera, y al repartirse en la terrestre esfera el alma los recibe sonriente.

Quisiera que los rayos de mi mente llegasen á brillar de igual manera sin que encuentren jamás en su carrera un alma que los mire indiferente.

Del puro sol, los rayos misteriosos se convierten en hilos luminosos si sobre el agua su esplendor envía;

Y de mi inspiración los resplandores al chocar con mi ardiente fantasía se deshacen en notas de colores.

LEONARDO S. TRUJILLO.

Madrid, 1.º—IV—1906.

SOCIEDAD EXPLOTADORA

para alumbramientos de agua

Con esta denominación se ha creado una sociedad compuesta de los Sres. D. Rafael Cárdenas, D. Luis Palacios, D. Siro Palacios, D. Francisco Morales, D. Luis Santa María, D. Elías Palacios, y D. Eusebio Vasco, con objeto de dotar á esta ciudad de aguas potables.

Plausible es la idea y JUVENTUD se complase en tributar á tan queridos amigos su entusiasmo ofreciendo, para si en algo las necesitan las columnas de nuestro modesto semanario.

Ya que las autoridades ni se han preocupado ni se preocupan, de un asunto de tanto interés, es más de alabar la decisión de la nueva Sociedad, y aquí si que se cumplen las atinadas observaciones de nuestro querido compañero don Santiago S. Carrasco de que lo que no se haga por la iniciativa particular, no ha de hacerse nunca por la oficial.

Tenemos entendido que se trata de hacer numerosas minas y galerías en el cerro de San Cristobal, idea que ya hemos oído exponer hace mucho tiempo á D. Manuel Madrid, nuestro amigo particular, y que, á falta de buscar manantiales más abundantes y de mejor calidad, nos parece acertada.

La respetabilidad de los señores que componen la citada entidad, el capital dispuesto á gastarse en la empresa, unido á la competencia y pericia de los ingenieros directores D. Luis Santa María y D. Elías Palacios, hacen presagiar los resultados más halagüeños. Así lo deseamos en bien de todos y hacemos votos porque la realización de las obras sea en el plazo más breve.

LOPE DE VEGA

A José Ortiz de Pinedo

En el Pindo su ingenio esclarecido brillando está cual astro luminoso, pues su númen fecundo y portentoso de las musas fué amado y elegio...

¡Sublime vate en el pensil florido, sacerdote ejemplar y virtuoso, de ardiente inspiración raudal copioso que el teatro español ha enriquecido!

En pobre estancia, con tenáz empeño, la péñola esgrimiendo diligente, vi del genio la imagen soberana.

¡Que así, en halagador y dulce sueño, yo contemplaba con afán vehemente al paladín del habla castellana!

ENRIQUE VÁZQUEZ DE ALDANA

Madrid, Marzo, 1906.

Para el Sr. Alcalde

Sin que respondamos de su veracidad, se nos da como cierta la noticia de que, á pesar de las reiteradas órdenes que le tiene pasadas el Sr. Alcalde al director de la banda municipal, éste se niega á concurrir á la glorieta de la estación.

¿Tiene algún fundamento este rumor, Sr. Alcalde? Nosotros no queremos creerlo pero si á tal extremo llegaran las cosas, haríamos sabrosísimos comentarios de la actitud en que queda colocada nuestra primera autoridad, por un dependiente que cobra del municipio un sueldo algo crecido por sus limitados servicios al pueblo.

Gaceta de la mujer

El ascetismo y la belleza.—Frutas de belleza.—Lo que se debe comer.

Tan importante como los cuidados de tocador es, para una mujer que quiere conservarse bonita y retrasar en lo posible la vejez, el regimen alimenticio. Este ha de ser frugal ante todas las cosas, compuesto de manjares ligeros y variados en armonía con las estaciones. He aquí un regimen recomendado por el sabio doctor Schultzer.

Desayuno, leche; almuerzo, un huevo, un plato de legumbres y frutas; comida, no muy abundante. Al acostarse, una taza de leche y un bizcocho.

Nada hay que perjudique tanto la pureza y frescura de la piel como un regimen alimenticio suculento y recargado; las carnes, los condimentos fuertes, los vinos añejos y los licores son sus mayores enemigos. No debe comerse carne más que una vez al día; en cambio la abundancia de verduras es recomendabilísima, las hay, según dicen, que tienen virtud especial de producir belleza, entre ellas, el tomate, la remolacha, la zanahoria; asegúrese que el pan de centeno es mejor que el de trigo para el cutis. Nada hay que le perjudique tanto como el exceso de grasa. Las trufas y los pasteles deben considerarse como enemigos capitales para toda la mujer que quiere ser hermosa; el azucar es de *pronóstico reservado*, y en forma de bombones muy perjudicial.

El café puro, después de la comida es medio eficazísimo para engrosar razonablemente, porque favorece la digestión; el té y el chocolate son muy buenos, usados con moderación; la leche es admirable para el cutis; el vino ni aún en las comidas puede beberse puro.

Si las flores son amigas de la mujer, no lo son menos las frutas: aquellas acompañan su belleza; éstas pueden producirla. Comed muchas de ellas si quereis ser hermosas: la fresa refresca la sangre y evita esas enfermedades del hígado que tanto perjudica á la piel; la grosella, la ciruela, el melocotón, son excelentes, pero la fruta mágica por automasia—por algo la mitología griega la llamó de oro y la hizo nacer en el jardín de las Hesperides—es la naranja. Leo en el libro de la baronesa de Staffe, que una hermosísima mundana de la corte de Luis Felipe, á los ochenta años fresca y lozana como una muchacha de quince, no había comido durante cuarenta años más que naranjas; doce al almuerzo, doce á la comida y doce á la tarde